

Occidente y Oriente

EUGENIO VIASSA MONTEIRO
 PROFESOR DE AESE DE PORTUGAL

Fue una noticia recibida con gran pompa y optimismo, el encargo de 350 aviones Boeing Airbus, Embrear y ATP, por nueve compañías aéreas hindúes, seis de las cuales operan desde hace bastante tiempo, y otras tres de reciente aparición.

En un momento de depresión económica y de pesimismo europeo, cuando el petróleo sobrepasa valores no imaginados, tal noticia fue, sin sombra de dudas, como una brisa de aire fresco en el panorama económico.

Muchos incautos podrían concluir que tanto la India como China, que tienen buenas prestaciones económicas, con tasas de crecimiento fulgurantes y sostenibles, exportando cada vez más servicios de alto valor y productos manufacturados a precios sumamente competitivos, van a destruir el tejido empresarial de occidente, sumiendo en el desempleo a miles de trabajadores y determinando la deslocalización o el cierre de las empresas.

En esto hay parte de verdad, pero es una parte insignificante. Hay otra realidad que es mucho más relevante: el desarrollo de la India y China, con la capacidad de producir servicios de elevado contenido de conocimientos, y artículos industriales en series muy grandes a costes irrisorios, ofrece la posibilidad a occidente de comprar equipamientos y tecnologías complejas y caras, que crean mucho trabajo, altamente cualificado. Al comienzo de este artículo mencioné la aviación, un negocio de billones de dólares, pero también podría citar otros equipamientos para la fabricación de equipos electrónicos, ordenadores, microchips, televisiones, móviles, dispositivos y productos para la industria química, la construcción civil, robots, etc.



Hay claras evidencias en el pasado de que el desarrollo de los países pobres que comienzan a exportar, determina, en contrapartida, por parte de éstos, importaciones de bienes de mucho más valor añadido, procedentes de los países avanzados. Esto no sucede con los países que siguen exportando productos primarios, habitualmente de poco contenido

Ese intercambio -importaciones y exportaciones- obliga a adaptarse al país rico, reconviertiendo a los profesionales que trabajaban en los sectores asediados por las importaciones, porque ya no compensa fabricar lo que otros hacen mucho mejor. Hay inevitablemente un régimen transitorio de cambios que provocan sufrimientos y ansiedades, pero es el coste de cualquier modificación del "status quo" hacia una situación mucho más deseable. Pero, en conjunto, estos cambios siempre se revelan más favorables para los dos países, a pesar de los inconvenientes señalados.

Apostar por la inmovilidad, desistir de una situación mejor de la economía -sólo porque mantiene un trabajo precario, porque provoca la ira y las reclamaciones de los sindicatos y de los trabajadores afectados, porque obliga a hacer trabajo en casa y planear la transición- sería negarse a todo adelanto, a la mejora de la productividad y, de las condiciones de vida de los ciudadanos.

Es cierto que Occidente se encuentra en un pequeño marasmo -tanto económico como político- por la discutible calidad de sus dirigentes, o por falta de valores. Pero la gran vivacidad económica de aquellos dos países, los más poblados de Oriente, debería ser para los occidentales un motivo de particular gozo y de esperanza, intentando sacar partido de manera inteligente de esa onda de crecimiento.

Infelizmente, como ya preveía el poeta cuando decía que el rey débil hace débil a la gente fuerte, los hechos orientales, que

podrían ofrecer una notable oportunidad de relanzamiento de la economía occidental, son tenidos como amenaza, por la miopía de nuestros dirigentes, los cuales, a falta de argumentos, reinventan viejos clichés como el dumping social y otros tópicos, para levantar barreras de protección.

Esa misma actitud mediocre lleva al mantenimiento de situaciones que hoy son de clamorosas injusticias: la PAC (Política Agraria Común), por los subsidios a la producción, induce a producir demasiado, a competir en los mercados internacionales con precios subsidiados, arrasando a los agricultores pobres del tercer mundo (que no cuentan con estas ayudas). Los Estados Unidos, al subsidiar a los agricultores de algodón, producen mucho más de sus necesidades internas, van a los mercados internacionales a precios subsidiados y lanzan a la miseria a miles de productores de algodón pobres. Son sólo dos ejemplos de esta competencia desleal.

Los estratos más ricos de los 2.400 millones de hindúes y chinos constituyen un mercado fabuloso que Europa parece no tener interés en explorar. Porque si lo tuviese, haría un mayor esfuerzo para comercializar allí sus productos. Europa parece haber perdido la agilidad, prefiere descansar en su "fortaleza" y vivir de los privilegios acumulados, negándose a cualquier esfuerzo. ¡Parece cansada, gorda y vieja!

Los norteamericanos parecen bien orientados y entienden mejor la realidad. En efecto, la Walt-Mart ya abrió muchas grandes superficies, vende mercaderías en China por un valor superior a 20.000 millones de dólares. Todas las grandes multinacionales americanas de tecnologías de la información (IT) y de electrónica, compran y venden abundantemente en la India. Y cuanto más adelanten en sus intercambios comerciales, apreciarán aún más que estos dos gigantes asiáticos están empujando a su país. 🇺🇸

Los hechos orientales, que podrían ofrecer una notable oportunidad de relanzamiento de la economía occidental, son tenidos como amenaza, por la miopía de nuestros dirigentes.